

de los ismaelitas desde Arabia llevan á los egipcios, como hemos visto ya, especias, resinas y bálsamos; compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero el Egipto, constituido desde mucho ántes que las naciones vecinas, se lleva, como es justo, la preferencia en civilizaci6n y lujo. Abimelec, rey de una colonia egipcia entre los filisteos, imita en pequefio á los reyes de la metr6poli, teniendo, como ellos, criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abraham y Jacob, vemos los progresos que hace el lujo en el Egipto, y lo veremos aun mas en el engrandecimiento de Jos6.

Dos años, á corta diferencia, habian trascurrido desde que éste interpretó los suefios de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos suefios que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo, el buscar siempre algun misterio en los suefios; y Dios, que en los gobiernos de los hombres toma por su misericordia en cuenta hasta sus errores y sus debilidades, daba algunas veces una significaci6n profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo ó de un capricho de la imaginaci6n. Estos suefios del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debian preparar el triunfo de Jos6, por esto su explicaci6n fué á él solo reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares; el rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Ent6nces la tristeza del monarca reprodujo el nombre de Jos6 en los lábios del cortesano que le habia aprendido en la desgracia y que no se habia acordado mas de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al monarca del que le habia tan perfecta como proféticamente interpretado su suefio tres días ántes de salir de la cárcel. Jos6 fué llamado desde ella á la presencia del rey, el cual le contó sus dos suefios, y Jos6 explicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia serian seguidos de otros siete de esterilidad. Propúsole, pues, nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada

prudencia y destreza, que en los tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos, para que al venir la carestía no quedase el pueblo sin recursos.

Creyó el rey, y con razon, que nadie podria remediar mejor los males del porvenir, que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los revelaba. Sometió, pues, todo el Egipto á Jos6, no reservando mas para sí sobre el jóven favorito que la majestad del trono. Hizo, pues, vestir á Jos6 un traje magnífico, con un manto de finísimo lienzo, le dió un collar de oro en sefial de su nueva dignidad, y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á un heraldo que anunciase al pueblo el reconocer la autoridad de Jos6 y doblar la rodilla cuando pasase. Y cambiando despues su nombre de Jos6 le llamó con otro nombre egipcio, que significa salvador del mundo. Y para coronamiento de tan honoríficas distinciones, le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis, para enlazarle de este modo con la clase mas ilustre y poderosa de sus estados.

Así acabaron los infortunios de Jos6, que fueron como el gérmen fecundo de las prosperidades y de la gloria que llenaron el resto de sus días. Pudieron haberle oprimido sus contrarios, porque la fuerza no siempre va aliada con el derecho; pero no le habian envilecido, pues que la tiranía no tiene poder sobre la dignidad humana, que escapa de todos los ultrajes por la libertad, y que no sucumbe sino por una abdicaci6n voluntaria. Víctima de la envidia de sus hermanos y de la asquerosa hipocresía de una mujer, salió por fin vencedor de esta doble prueba: los hombres y las cosas le fuéron hostiles por un momento; pero los hombres y las cosas se trasformaron en favor suyo, doblados y modificados por Dios, que le fué siempre propicio; y por otra parte, la posteridad le ha vengado de algunos años de persecuci6n y de oprobio por medio de un tributo de alabanza y de admiraci6n.

Sus envidiosos hermanos y su impura enemiga debieron por el contrario, expiar muy presto su ciega y cruel injusticia, y fulminados con la execraci6n de la posteridad, su castigo continúa to-

dos los días; y esta es una penitencia pública que Dios suele imponer á los grandes crimenes. Los poderosos serian demasiado atrevidos si pudiesen lisonjearse con la seguridad de que su vida y su memoria pasarian impunes, y los débiles serian inclinados en demasía á rebelarse, si alguna vez no se interesase el cielo en sus quejas y sufrimientos. Para la conservacion del orden, preciso es que sepa el universo que la causa de los oprimidos es la causa de Dios.

No se sabe si las calumnias de la mujer de Putifar quedaron desde entónces patentes: ignórase asimismo lo que fué de ella despues de aquella época. Se diria que se disipó y desapareció como una débil sombra al resplandor de la súbita y gloriosa elevacion de José. La historia no la hace figurar sino en el oprobio de su burlada pasion y de su cobarde venganza; y despues de haberla presentado como el tipo de una mujer mas malvada aún que débil, la cubre con el olvido; semejante á la mar que arroja de vez en cuando algun mónstruo desconocido sobre sus orillas, y un momento despues lo arrasta huyendo hácia sus abismos, de donde no volverá á salir jamás.

Por su lado los hermanos de José iban á ser conducidos á sus piés para prestarle homenaje. Sus proféticas palabras tuvieron su cumplimiento: siete años de abundancia fueron seguidos de siete años de esterilidad. El azote habia alcanzado tambien á los paises vecinos, y Jacob, acosado por la carestía, envió sus hijos al Egipto, de cuyos recursos tenia alguna noticia, dejando solo á su lado á Benjamin. No se vendia el trigo sino por orden de José: sus hermanos le fueron, pues, presentados, y le adoraron postrándose delante de él al uso de los orientales. Reconocióles él sin dificultad, pero ellos no le conocieron, porque la edad viril y tal vez la desgracia habian cambiado el aspecto que tenia en su adolescencia.

A la vista de sus hermanos inclinados delante de él, José se acordó de los sueños de otro tiempo. Usó de un lenguaje severo, y manifestó creer que aquellos extranjeros habian venido como

enemigos. Los tuvo detenidos por tres días; y despues, sabiendo que tenian otro hermano, les despachó con orden de traérselo, quedándose uno de ellos como en rehenes. Creyéndose ellos no ser entendidos del ministro egipcio, que les habia hablado hasta entónces por medio de intérprete, se arrostraron mutuamente su antiguo fratricidio. Entónces José, no pudiendo resistir á la ternura, se retiró para llorar; y volvió despues á salir, manifestando su voluntad de quedarse por garantía á Simeon, otro de los extranjeros; y los demas se volvieron tristes al pais de Canaan. Su padre cayó en una afliccion profunda, cuando se le dió noticia de la cautividad de Simeon, y de la orden formal de llevar á Benjamin á Egipto, y estuvo largo tiempo ántes de consentir en exponer tambien á este hijo querido, y último fruto de su vejez.

Entretanto el hambre continuaba en sembrar sus estragos, y Jacob se vió precisado á ceder al imperio de las circunstancias; volvió á enviar á sus hijos al Egipto, confiándoles con dolor de su alma á Benjamin de quien respondió Judá con su cabeza. Viéndoles José llegar con su jóven hermano, mandó introducirlos en su palacio y prepararles un banquete. Esperaban ellos en la sala del convite, cuando en fin pareció José. Inclináronse todos á su presencia. Él los acojió con bondad, y les hizo preguntas acerca de su anciano padre. Levantando despues los ojos, reparó á Benjamin y dijo: “¿Es este vuestro jóven hermano de quien me hablásteis? Hijo mio, añadió, ¡séate Dios propicio!” Y se dió prisa á salir, pues á vista de su hermano conmoviéronse sus entrañas, y no podia contener las lágrimas. Cuando hubo dado libre curso á su llanto, volvió, y haciendo un esfuerzo para dominar su emocion, tomó la comida en compañía de sus hermanos, pero en otra mesa, pues los egipcios miraban á los extranjeros como profanos. Sirvióles él mismo, distinguiendo á Benjamin, que fué tratado con mas miramiento que los otros, lo cual no dejó de causarles alguna sorpresa, y todo el festin se pasó en regocijo.

A la mañana siguiente los hermanos debian partir. José hizo ocultar su copa de plata en el costal de provisiones de Benjamin, y

apenas habian vuelto á emprender su camino, cuando él envió á sus criados en su alcance. Alcanzáronles en efecto, y les acusaron de haber cometido un robo. Defendieronse ellos de esta acusacion; pero la copa fué hallada entre las provisiones de Benjamin. José hizo la amenaza de quedárselo como esclavo, y entonces Judá expuso toda la repugnancia que habia mostrado Jacob en dejar partir á Benjamin, y el golpe terrible que el cautiverio de este hijo tan tiernamente querido, iba á descargar al padre en su ancianidad. Al nombre de su padre, José no pudo ya contenerse por mas tiempo, mandó salir á todos los egipcios que le rodeaban, y exclamó derramando lágrimas: “Yo soy José. ¿Vive aún mi padre? Pero sus hermanos desfavoridos no pudieron responderle. “Acercaos á mí, les dijo con dulzura, yo soy José, vuestro hermano, á quien vendisteis.....” Consolóles diciendo que Dios habia permitido todo aquello para mayor bien; les ordenó que informasen á su padre de todo cuanto veian, y que le trajesen consigo á Egipto, en donde serian todos alimentados durante los cinco años que habia de durar el hambre todavía. Y echándose al cuello de Benjamin para abrazarle, lloró, y Benjamin lloró tambien al recibirle en sus brazos. José dió despues á todos sus hermanos las mismas demostraciones de ternura, y volviendo en sí del mudo espanto que les habia sobrecogido, osaron por fin hablarle. A tan feliz nueva que le llevaron sus hijos, Jacob pareció despertar de un profundo sueño, y rehusó por algun tiempo creer en su palabra. Pero al fin, recobrado de su estupor é inundado de alegría, exclamó: “Si mi hijo José vive aún, ya no quiero mas: iré y le veré ántes de morir.” En efecto, partió para el Egipto con todas sus gentes y sus bienes. José salió á su encuentro, y al verle corrió á él, y le abrazó estrechamente derramando copioso llanto. “Ahora sí que moriré alegre, le dijo su padre, pues que he visto tu rostro, y te dejo despues de mí.” Jacob fué tambien presentado al rey, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el pais de Gessen, el mas fértil del Egipto, y el que mas convenia á un pueblo pastor. Diez y siete años despues murió profetizando

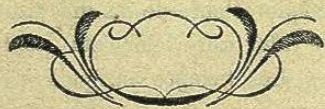
los magníficos destinos de su privilegiado linaje, adoptó en el número de sus hijos á Manasés y á Efraim, hijos de José, y pidió que sus cenizas fuesen un día reunidas con las cenizas de sus padres.

Volvamos á notar de paso en la tierna narracion de esta historia interesante, el grado de civilizacion á que habia llegado ya el Egipto ántes de la muerte de Jacob. José, en su entrada al empleo, recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al monarca; come aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar, como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato; y son varias las solemnidades para la instalacion de los funcionarios reales.

José vió los hijos de sus nietos. Cercano á morir pidió que sus huesos fuesen trasladados á la tierra de promision, y espiró despues á la edad de ciento diez y seis años. Su cuerpo fué embalsamado y puesto en un ataúd que los israelitas, en su salida de Egipto, llevaron al pais de Canaan.

Tal fué José, ejemplo célebre de las dificultades que aguardaban á la virtud, del valor que debe esta desplegar, y del triunfo que puede obtener. Los tiempos antiguos no vieron una imagen mas perfecta de aquel justo que, vendido traidoramente por sus hermanos y desconocido en sus obras, fué condenado como un criminal, y salió del cautiverio del sepulcro para alimentar toda la tierra con el pan de la verdad evangélica, y conquistar por todos los dones de su caridad divina el glorioso título de Salvador del mundo. Así el nombre de José ha quedado grande en la memoria de los pueblos cristianos. Los siglos de fé pintaron y grabaron su historia sobre la vitela de las Biblias manuscritas, sobre las telas de los mas ricos museos, y en las vidrieras de las góticas catedrales, en la piedra y en el acero, en San Marcos de Venecia, en

el bautisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Rouen, en Bourges y en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer por todas partes la máxima, de que lo inminente del peligro no justifica nuestras caídas, que Dios ha puesto mas recursos en la libertad humana que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave y santo pensamiento del deber. Y esta lección conviene tanto á los tiempos modernos como á la edad media; y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordar en especial á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos, para quienes el mundo actual, á causa de la venalidad, y de la corrupcion, se parece con frecuencia á los campos de Dothain y á la casa de Putifar.



el bautisterio de Florencia, en Roma, en Pisa, en Rouen, en Bourges y en mil otros lugares, como si hubiesen querido repetirnos sin cesar y hacernos leer por todas partes la máxima, de que lo inminente del peligro no justifica nuestras caídas, que Dios ha puesto mas recursos en la libertad humana que fuerza en los atractivos y en las tentaciones del mal, permitiendo que el sentimiento de los placeres ilícitos quede como sofocado y muerto con el grave y santo pensamiento del deber. Y esta lección conviene tanto á los tiempos modernos como á la edad media; y nos hemos decidido á escribir estas líneas para recordar en especial á aquellos de nuestros jóvenes contemporáneos, para quienes el mundo actual, á causa de la venalidad, y de la corrupcion, se parece con frecuencia á los campos de Dothain y á la casa de Putifar.

